



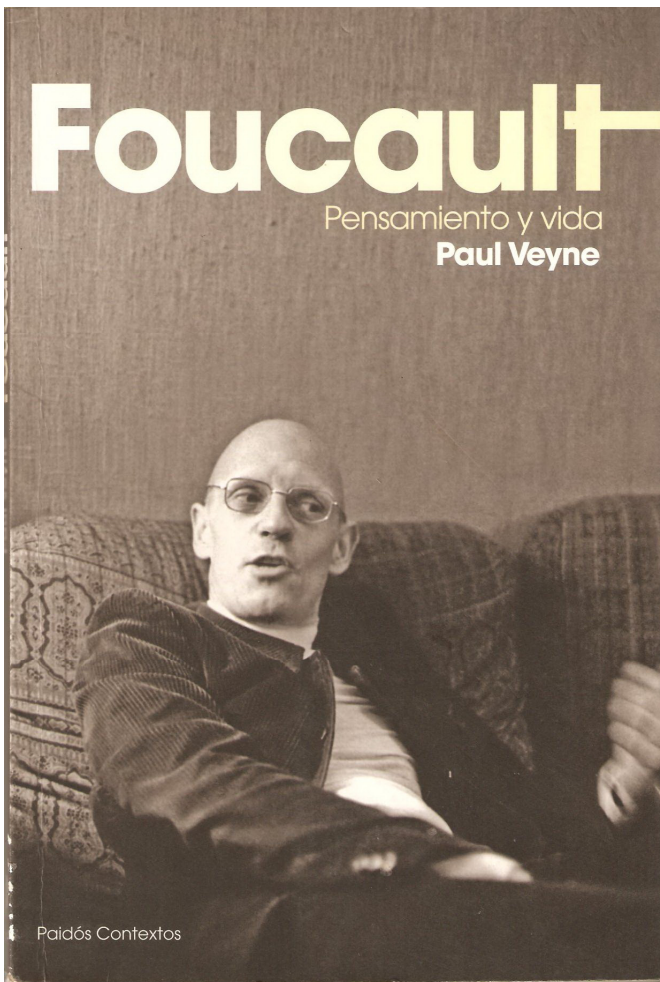
Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 5, Nº 8- Rosario- Argentina, Abril de 2012

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 14-18

VEYNE, Paul, *Foucault. Pensamiento y vida*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2009, 157 p. ISBN 978-84-493-2315-7.

Guillermo Finochetto¹
 Universidad Nacional de Rosario
filonauta@hotmail.com



A lo largo del texto hallamos que el autor hace una apelación a la memoria, o mejor, a las memorias con su amigo y compañero de batallas, Michel Foucault. No hemos de esperar hallar una ordenación histórica de los sucesos acaecidos, ni un ordenamiento temático de los problemas por los que ha pasado el pensamiento y la vida del filósofo, así como tampoco una cronología de sucesos, como si esto nos expusiese frente a la auténtica verdad de los hechos.

Veyne traza en este libro un juego de la memoria: amical, afectiva, con recuerdos, rememoraciones, vivencias que lo ubican como un testigo privilegiado y clave, testimonio único de los múltiples encuentros de estos dos intelectuales contemporáneos. Juegos de la memoria que no intentan reconstruir fácticamente hechos, sucesos, problemas, desenlaces, tópicos, sino más bien trazar recortes de experiencias compartidas que le permiten encontrarse frente a disputas, cruces, resistencias y

acuerdos que han surcado desde la intelectualidad y la compañía de años de amistad. Retazos de la memoria que se han hecho escritura luego de numerosos años de acaecidos los acontecimientos y el abrupto final de la vida del filósofo.

¹ Recibido: 12/12/2011.
 Aceptado: 30 /1/2012.

Al inicio una breve Introducción, seguidamente nos hallamos frente a once capítulos que entrelazan al historiador y sus memorias con el filósofo. Si nuestra temporalidad histórica está hecha desde nuestra actualidad, Veyne vuelve a situar a Foucault en los bordes de una actualidad inagotable, latente, presente y operante.

Algunos de los temas que aborda el texto son el problema de la historia y los universales; el escepticismo y sus alcances diversos a lo largo de la historia de las ideas; la historia universal impugnada, la arqueología y la genealogía; la perspectiva de Foucault frente a las Ciencias del Hombre; la organización de la Episteme moderna; el lugar de los dispositivos, imbricados con saberes y poderes, dedica un capítulo exclusivo a un filósofo alemán de indiscutible influencia para el pensamiento francés de posguerra: Martin Heidegger. En otro lugar retoma bajo el signo de la interrogación la vieja acusación a Sócrates, pero aplicada a nuestro filósofo francés “¿Foucault es un corruptor de juventud?”. Para finalizar, una lección más donde intenta dar cuenta del encuentro siempre escurridizo y problemático entre el pensador y la política, y para rematar intenta trazar un perfil de nuestro pensador como un Samurai, quién maneja la lucidez de su intelectualidad como un hábil sable (¿abriendo cortes como el bisturí de un cirujano?) esgrimiendo estocadas incisivas a viejas figuras momificadas del pensamiento Occidental.

Foucault, según Veyne: ni de izquierdas ni de derecha, ni freudiano ni marxista, ni socialista ni progresista, ni cristiano ni ateo, ni husserliano ni heideggeriano, ni modernista ni antimoderno; era más bien un inconformista lúcido, un escéptico, que tomaba partido por los acontecimientos singulares en los que se supo ubicar y en los que eligió estar, un inagotable laborador contra el sentido único del mundo.

Cuando apareció la *Historia de la locura*² algunos historiadores e intelectuales no advirtieron la relevancia de este libro; aparentemente no decía nada nuevo. Pocos advirtieron que nuestro autor hablaba de los discursos en tanto que descripción de una formación histórica en su desnudez, puesta al día de su última diferencia individual. Se trató entonces de no hacer pasar los universales por el rallador de la historia sino hacer pasar la historia por el hilo de un pensamiento que rechazaba los universales, las abstracciones, los conceptos eternizados. Y no sólo abordó el tema de la locura y el hombre sino también, más adelante el uso de dispositivos disciplinarios y esparcidos por la sociedad toda; planteó asimismo la cuestión de los placeres en la Antigüedad, la carne cristiana, creada y pecadora, y finalmente, la sexualidad en los saberes y dispositivos modernos: psiquiátricos, sexológicos, pedagógicos, psicoanalíticos, etc. A partir de un análisis de los discursos occidentales formuló con ironía el interrogante: ¿Necesitamos *verdaderamente* un sexo verdadero?. No es entonces que no existan la locura y la sexualidad, o fuesen pura invención ideológica, sino más bien que solo alcanzamos una “verdad adecuada” de las cosas a partir de las ideas que nos forjamos nosotros mismos en una época dada. La locura, las prisiones y los dispositivos punitivos, la difuminación de la hegemonía del discurso médico y psiquiátrico, los usos de la sexualidad no pueden ser inteligidos sino a la luz de la singularidad de cada época.

La historia de la humanidad es historia de las singularidades. La originalidad de su investigación consiste en trabajar sobre qué es la verdad y lo verdadero en los distintos tiempos: Aristóteles, Agustín, Hegel, no pudieron salir de la pecera invisible de su tiempo, vaya - reconoce Veyne- nadie puede hacerlo aunque en general el filósofo aspira a terminar con la época de las errancias.

² M. Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, Bs As, FCE, 1990. La primera edición de la Tesis mayor de Foucault se hizo en 1964, con el título *Histoire de la folie à l'âge classique*, por Ed. Plon.

Según Veyne, el historiador y el investigador, tomando las herramientas que legó Foucault, ha de partir de un escepticismo sistemático con respecto a todos los universales, contra toda historia totalizante; el escepticismo del filósofo borra toda universalidad y generalidad en pos de una singularidad epocal; se tratará entonces de captar la singularidad y la ruptura (legado indiscutible de la Epistemología francesa en general y los maestros de Foucault, en particular) que existen bajo los engaños de las continuidades, prolongaciones y regularidades de una época; el trabajo original de un historiador es advertir las originalidades en una formación histórica dada en su preciso devenir.

El trabajo intelectual y cabal de Foucault consiste en llevar lo más lejos posible la investigación de las diferencias entre acontecimientos que parecen formar una misma especie, hacer surgir la singularidad y la diferencia, hacer evidente lo sobreentendido, la evidencia de la locura arrojada a ser enfermedad mental, la evidencia del encierro social arrojada en la prisión, la evidencia incuestionable del examen individual de los cuerpos bajo la mirada médica, etc. Afirma Veyne que no podemos pensar cualquier cosa en cualquier momento, sólo pensamos dentro de las fronteras discursivas de una época... “*presos de una pecera cuyas paredes (vidriadas) ni siquiera notamos* (p.36). [...] *hacemos el amor o la guerra conforme a lo que dicta nuestra época* (p.39)”. Para hacer verdadera labor histórica y filosófica es necesario romper con la relación causa-efecto, es preciso de una vez salir de la *concatenatio causarum*.

Recuerda el texto que el filósofo indicaba cómo cada sociedad posee su régimen de verdad, su política general de la verdad. Los discursos no obedecen a una lógica de simple progresión ni de obediente dialéctica; no se sustituyen por mejores razones ni son juzgados por un tribunal trascendental; sólo hay relaciones de fuerza, juegos de combate, y son estas luchas y resistencias y no La Razón, universal e intemporal, eterna, lo esencial del pensamiento.

La actitud escéptica del pensador se inscribe dentro del pensamiento crítico, de algún modo en el sentido kantiano, crítica de la razón y crítica del conocimiento, más cercano a una hermenéutica histórica que a las verdades de la física newtoniana.

Apelando a la memoria, afirma Veyne que Foucault le ha revelado veinticinco días antes de su muerte, que en realidad él no era subjetivista ni relativista ni historicista, sino *escéptico*, “*en la medida que no afirma ninguna verdad universal*”, hay que abandonar toda pretensión de universalidad y generalidad. En *Naissance de la biopolitique*³ escribe *los universales no existen*. No podemos decretar ninguna verdad universal, y acaso, nuestras más profundas convicciones de hoy, serán pasajeras en el mañana. Mientras que para Heidegger el problema era cuál es el fondo de la verdad, para Wittgenstein, qué juegos de lenguaje responde eso llamado verdad; para Foucault la cuestión es pensable a partir de qué configuraciones históricas la verdad se transforma en verdadera.

Esta filosofía escéptica se traza bajo el modo de una renuncia: a la metafísica, a una antropología filosófica abstracta, a una filosofía moral universal; lo absoluto queda por fuera de nuestro alcance, el error está en querer alcanzar lo inalcanzable. Se trata de estar advertidos de los peligros de los universalismos antropológicos. Para comprender al hombre, en tanto que doblete empírico-trascendental, es necesario estudiarlo en su enclave económico, su sociedad, la lengua que habla, sus mitos, la historia y los dispositivos que el hombre se ha dado en ciertas circunstancias. Mientras que en el momento de publicación de *Les mots et les choses*⁴... todo el mundo era humanista: clásico, comunista, filantrópico, neotomista y stalinista, nuestro autor produce esta frase polémica... “*el hombre se borraría, como en los límites del mar un rostro de arena*”.⁵

³ M. Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, Bs As, FCE, 2007.

⁴ M. Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las Ciencias Humanas*, México, SXXI, 1997

⁵ *Op. cit.* p. 375.

La pura verdad es que no hay verdad pura. En ningún lugar podría hallarse eso llamado “hombre natural”, “alma pura” o “sexo salvaje y verdadero”, sino que sólo se los encuentra en las apuestas discursivas que le dan forma y sentido, entre ellos y especialmente, las Ciencias Humanas.

A medida que se extiende en su libro Veyne se divierte con la idea de Foucault Samurái, blandiendo su espada de lucidez sobre los ingenuos humanismos y universalismos variopintos, enardeciendo la lucha contra el pensamiento metafísico abstracto, el error sistemático, la estupidez sostenida; perfil de un guerrero en lucha, elegante silueta, más que la de un acomodado intelectual de academia.

La religión cristiana, dice en el capítulo V, empieza su viaje oficial por Occidente, su itinerario como religión *verdadera* y con pretensión de *universalidad*: ha de ser proclamada a “*todos los hombres para su salvación, porque todos tienen un alma inmortal hecha a imagen divina*” (p. 69). Así la religión cristiana se convierte en el emblema universalista occidental, operando una metamorfosis sobre el legado helénico. El cristianismo se convierte en una conmovedora historia de amor metafísica entre divinidad y humanidad con aspiraciones de eternidad. Pero la humanidad, con Hume y luego con Nietzsche, ha perdido toda fundamentación supraempírica.

El pensamiento de Foucault no sobrevuela la totalidad, no conlleva *a-prioris* ni trascendentales, no sabe de mapas de totalidades, ni tampoco qué puede haber más allá de los límites del mapa. *Pensamiento de la totalidad* ha sido uno de los nombres que ha tomado la Filosofía, de Platón a Hegel pasando por Tomás de Aquino. Desde Nietzsche, la filosofía se escribe con minúsculas, es pensamiento relativo y que relativiza, es más, se vuelve tanto más rigurosa cuanto consiente en asumir su condición provisional ya no de verdad eterna y perenne, y en esto reside su vigor y fortaleza.

El capítulo VI presenta a Heidegger, y su *pathos mesiánico*, profeta de un tiempo donde reina la técnica, el cientificismo y la ilusión de progreso, pero olvida al Ser. Entre Heidegger y Foucault hay puntos en común: ambos harán una mordaz acometida contra el “humanismo”; pero para el pensador francés: el hombre no es ángel caído, ni Pastor del Ser, sino más bien animal errático del que no se puede conocer su esencia sino más bien su historia, su devenir, su permanente positividad en tanto que bio-parlante y trabajador.

Seguidamente el autor aborda, rememorando a Foucault, el atolladero en que se han enredado las Ciencias Sociales al intentar inscribirse en tanto que *ciencias* al modo de las Físico-Naturales, siguiendo los modelos del único método, la predicción de los acontecimientos futuros, manejo absoluto de constantes meta-históricas, el control de las variables todas. La genealogía de las ciencias no puede reducirse a simples relatos de los grandes descubrimientos ni de la síntesis de las grandes teorías científicas, sino más bien la génesis recíproca del sujeto de la ciencia y de su campo de conocimiento del cual el dispositivo es la interfaz. La inmensa mayoría de verdades, aún las epistémicas, son fruto de un conjunto de procedimientos regulados y dispuestos a su producción, su establecimiento, funcionamiento y su circulación; siempre ligadas a sistemas de poder que las generan, conducen y reproducen.

En la época en que escribió Foucault, recuerda el historiador, todo pensamiento que vaya por fuera de la fenomenología y la conciencia, el existencialismo y la libertad y el marxismo con su lucha de clases, ese resto era indefectiblemente, estructuralista; si bien el estructuralismo permitió salir del cara a cara entre sujeto y objeto clásicos, los jóvenes no advertían diferencias y matices. Foucault, incomprendido, fue rotulado como un estructuralista más.

El hombre no es más génesis de sí mismo... de lo que se trata es de liberar al hombre de las sujeciones trascendentes y transcendentales. Foucault le retira la soberanía a la categoría de sujeto que constituyó el sueño de la modernidad y desplaza el trabajo de intelección hacia *modos de subjetivación y sujeción*. La noción de subjetivación, en las estelas de la “muerte del hombre”, Nietzsche mediante, sirve para demoler antigua de naturaleza humana o de sujeto soberano que la modernidad encumbró.

Sobre el enrarecimiento, *pathos*, que inauguró el escepticismo de Hume, y luego el pensador de Zaratustra, se inscribe nuestro filósofo. Foucault, era más un guerrero, un luchador de la resistencia, con su ardor, su pasión, su ira, su *thymos*; luchaba contra aquellos que procuraban imponer su verdad a todos los hombres, ya fuere, verdad del marxismo, del cristianismo, del capitalismo o de las invisibles imposiciones que el saber de la ciencia trajo a la modernidad.

Finalmente el historiador, en el último capítulo nos lleva hacia una serie de recuerdos y vivencias con Michel Foucault; escenas en el Collège de France; su militancia a favor de los que acallados, en contra de la pena de muerte, su labor a favor del aborto; rechazando invitaciones sino podía suscitar preguntas que incomodarían a gobernantes de turno. Su personalidad amable con los oyentes y amigos, pero temible para quienes quisiesen pensar en su contra, desplegaba sin preocupación la potencia de su ego. Lo recuerda como un pensador susceptible, de inmensa vida interior, capaz de afectos y amistades sólidas y duraderas, interlocutor hábil y rápido. Cortés y educado con presencia y que sabía gustar de veladas con comentarios suspicaces salpicados de carcajadas, y muy dado a la buena vida.

Veyne le dedica cuatro versos que toma del poeta norteamericano: William Carlos Williams, a su entrañable amigo:

*“Es un extraño coraje,
el que te debo, astro antiguo.
Brilla solo en plena aurora,
a la que no cedes Nada.”*

Palabras clave: pensamiento - historia - crítico- escepticismo.
Keywords: thinking - history - criticism - scepticism.